

son contadas las casas que se adornan con cortinas de algún valor; el percal y el zangaleta hacen el gasto mientras que en aquellos tiempos lucían los balcones y ventanas de las casas de las personas acomodadas y aun de las de mediana fortuna, elegantes cortinajes de punto trapiado, y era también de moda suplir éstos con los valiosos y aristocráticos tápalos de burato y las ricas mantillas españolas.

Recibido de la Mitra el Señor Doctor Barajas pensó inmediatamente en hacer á la antigua parroquia las reformas materiales necesarias al elevado objeto á que iba á servir. Pulsó previamente el sentimiento religioso del vecindario de la ciudad y de los habitantes de las demás poblaciones de la Diócesis, para calcular si los donativos que pudieran reunirse serían suficientes para cubrir los gastos de la obra y la extensión que á ésta podría darse según el monto de aquéllos.

Muchas personas correspondieron al llamamiento del Señor Barajas, suscribiéndose con cantidades de más ó menos consideración, con arreglo á sus recursos, y viendo el prelado que el éxito de la suscripción podría ser favorable, no sólo emprendió las reformas indispensables, sino que llevó á la práctica el proyecto de extender el templo hasta el átrio por el lado oriente de él, para lo cual hubo que demoler la antigua sacristía que estaba á espaldas de la Iglesia, igualar las bóvedas de las naves laterales á la altura de la del centro, construir los arcos necesarios para aumentar dos bóvedas en cada una de las tres naves, y colocar el coro para el cabildo eclesiástico detrás del altar mayor.

Encomendó la dirección de la obra al Presbítero D. Ambrosio Rivera de Peredo y dió á ella principio el 1º de Julio de 1855.

Varias interrupciones sufrieron esas obras de reparación porque frecuentemente se agotaban los recursos. En una de ellas estando el Señor Barajas desterrado del país, ocurrió el Señor D. Rafael Aguirre, acaudalado vecino de esta ciudad, ofreciendo al cabildo eclesiástico expensar los gastos que faltaran para la terminación de la Catedral. El cabildo aceptó con agradecimiento esa oferta y continuaron los trabajos con actividad, pero apenas habían transcurrido dos meses, cuando el Señor Aguirre falleció, creyéndose que ese lamentable suceso sería motivo para que volvieran á paralizarse dichos trabajos. Afortunadamente no fué así, porque la Señora Doña Refugio Santos Coy, viuda del Señor Aguirre, manifestó que estaba dispuesta á cumplir el ofrecimiento de su finado esposo, y desde luego puso á disposición del cabildo las cantidades de dinero que se fueran necesitando.

Con las gruesas sumas que proporcionaron el Señor Aguirre y su esposa, con los donativos del vecindario y de algunos habitantes de otras poblaciones, y con recursos particulares del mismo Señor Barajas, pudo terminarse la obra á fines de 1.865 y dedicarse solemnemente la Iglesia Catedral el 20 de Enero de 1.866. La ceremonia de la consagración estuvo á cargo del Sr. Obispo de Linares Doctor D. Francisco de P. Vereá, invitado al efecto por el Señor Barajas.

La descripción de las nuevas mejoras en la Catedral, dispuestas por el actual Señor Obispo Doctor y Maestro D. Ignacio Montes de Oca y Obregón, y de las ceremonias que se verifiquen en la nueva consagración del templo, está encomendada á otra pluma.

Obsequiando los deseos de mis apreciables amigos los Señores Redactores y Editores de "El Contemporáneo" he escrito esta Reseña histórica, confiando en que me otorgarán su benevolencia las personas afectas á esta clase de lectura.

San Luis Potosí, Marzo de 1896.

Manuel Muro.



ENSAYO CRITICO

DE LAS OBRAS ORATORIAS Y POETICAS

DE MOSEÑOR MONTES DE OCA Y OBREGON.



O es carga para nuestros hombros emitir exacto juicio acerca de las obras literarias del Illmo. Señor Montes de Oca. A ello se oponen por modo insuperable, de un lado la rudeza de nuestro entendimiento, y de otro, el fundado temor de ir á profanar con indocta crítica la inspiración del Espíritu Santo de que están henchidos los trabajos oratorios del meritisimo Prelado. Nada, empero, nos impide traer á la memoria para consignarlas en este escrito, las gratas impresiones que hemos sentido al pasar con detenimiento los ojos por las páginas sagradas y profanas que ha trazado su docta pluma, las consideraciones generales que sobre la bella literatura nos han sugerido, y la sana doctrina y saludables enseñanzas que antaño y ogaño hemos aprendido en ellas.

Triple corona de príncipe esclarecido de la Iglesia, de elocuente orador sagrado y de egregio poeta, ostenta en sus sienes Monseñor Montes de Oca. Bajo cualquiera de estos tres aspectos que se le considere, siempre han de resultar meritorios sus escritos, pues que en todos ha tenido por mira la mayor gloria de Dios y el bien de las almas. Por lo cual, y sin embargo de contener nuestros anhelos dentro de límites que nos está vedado trasponer, comprendemos lo arduo de este trabajo; tanto que con razón se juzgaría por temerario, si no lo disculpara la ocasión propicia que se nos ofrece y el deseo vivísimo de manifestar á un Padre tan amante y á un varón tan sabio, del único modo que nos es dado, nuestro inmenso regocijo por haberle concedido el cielo celebrar el vigésimo quinto aniversario de su exaltación á la plenitud del Sacerdocio.

I

Cuatro volúmenes de nítida y correcta impresión, salidos de las prensas metropolitanas [1], contienen las Obras Pastorales y Oratorias de nuestro Illmo. Prelado. La variedad de asuntos que en ellas trata, no menos que su indiscutible importancia, permi-

(1) Obras || Pastorales y Oratorias || de D. Ignacio Montes de Oca y Obregón || Obispo de Linares || Doctor en Teología y ambos derechos || C. de la Real Academia Española || ... || México || Imprenta de Ignacio Escalante || Bajos de San Agustín núm. 1 || ... Tomos I, II, III y IV, publicados en 1883, 1884, 1886 y 1896, respectivamente los dos primeros siendo Obispo de Tamaulipas, el tercero cuando ya era nuestro Prelado y Administrador Apostólico de Linares, y el cuarto libre ya de aquella Apostólica Administración.

ten al espíritu pasar de unos á otros plácidamente sin suspender la lectura. Cartas pastorales, homilias, sermones, oraciones y elogios fúnebres, pláticas doctrinales, fervorines, amonestaciones, edictos, cartas á los párrocos, discursos etc., etc.; todo esto ha salido con superabundancia de la pluma fecundísima de Monseñor Montes de Oca.

Parando la atención en la lectura de cualquiera de estas obras, luego aparece el sabio á quien son familiares las sublimes enseñanzas del Evangelio; el sacerdote peritísimo en la sacra doctrina teológica, y el varón docto, cuyo entendimiento ha sido nutrido con las inspiradas enseñanzas de los expositores sagrados. La pasmosa erudición de que están llenos estos libros de nuestro sabio Pastor, el juicio recto y clarísimo, la inflexible lógica y seguro raciocinio que han precedido á su formación, la tersura del estilo y primores del lenguaje que en ellos se admira, cautivan al lector más rehacio á este linaje de escritos.

Ellos son la prueba más irrefutable de esto que sientan los doctos como uno de los primeros cánones de la literatura: que nada contribuye más poderosamente á la bella expresión del pensamiento, como el señorear quien habla, sea orador ó escritor, el asunto de que va á tratar. La ausencia de esta condición principalísima hace perder tiempo y trabajo á quien discurre, amén de ser á menudo sonrojado por el auditorio pronto siempre á escarnecer, ú objeto de sátiras mordaces de parte de quienes más gustan de libros que de tribunas. Lo cual acontece aun en aquellos casos en que el escritor se haya prevenido con acopio de doctrina y riqueza de erudición; pues si tan sólo á esto se ha concretado su trabajo, y juzga que con esto le basta para obtener el objeto que se propone, sin hacer caso de la regla antes sentada, siempre ha de tropezar con dificultades, poco menos que insuperables, para manifestar sus pensamientos con la claridad y sencillez que el arte demanda. Tales dificultades se tornan en verdaderos imposibles cuando se acomete la ardua empresa de improvisar, don concedido á muy pocos ingenios; y aun éstos, cuando con menosprecio de tan importante condición y fiados únicamente en su concepción rápida, en su brillante imaginación y en su expresión fácil, tienen atrevimiento para tanto, sufren seguramente en premio de su osadía fracasos inevitables al par que vergonzosos.

Por el contrario, si quien escribe ha hecho suyo antes, y encarnado en su ser—permítasenos la expresión—la materia que va á exponer, todo se le ofrece llano y facilísimo. Y no podía ser de otro modo; porque estudiando el asunto en sí mismo, examinando con atención sus antecedentes y las relaciones que haya entre ellos, para luego sentar con firmeza consiguientes lógicos; viendo las analogías ó discrepancias que existan entre el objeto que se propone y otros que le sean afines, y lo que pueda trascender á otros, aunque lejanos, pero siempre en relación con él; ora meditando la aplicación que pida su naturaleza para el mejoramiento de la sociedad, la familia y el individuo; ora cuanto pueda interesar á la política de las naciones y justicia con que deben ser regidos los pueblos, para el logro de su bienestar, ilustración y moralidad; cuando de este modo el orador y el escritor han estudiado la materia de sus lucubraciones, entonces acude plácida á los labios y á la pluma y con admirable espontaneidad la expresión del pensamiento.

La bella forma del habla es otra de las ventajas que se obtienen de atender con religiosidad el consejo de los doctos. Presurosos, pero sin atropellarse, vienen sin ser llamados, períodos alados y armoniosos; en la debida proporción y número conveniente salen al encuentro del escritor frases y palabras; y tanto éstas como aquéllos van acomodándose en el lugar que les corresponde conforme lo demanda el encadenamiento lógico de las ideas, sin estorbarse, ni querer decir otra cosa que lo que se pretende que digan. Sólo á trueque de la fiel observancia de tan indispensable precepto, ha de po-

der un escritor dar á sus palabras la vida que reclaman los afectos de que está poseído. Las cuales serán para el auditorio, ora apacibles y tranquilas como el agua de los lagos; ora impetuosas y arrebatadoras como torrente despeñado ó desenfrenado huracán, ora alegres y bulliciosas como infantil algarada, ora tristes y melancólicas como los lloros que el viento exhala en noche tempestuosa, suspendido de las ramas de los árboles. Sólo así la improvisación puede ser accesible para quien no vino al mundo á improvisar. Y por último, estudiando como se ha dicho los asuntos que se trata de exponer, se nota el poco servicio que prestan los Hermosillas á quien habla ó escribe, no obstante las disquisiciones de los retóricos importantísimas para la educación de los ingenios.

Cuanto acabamos de exponer en nombre de quienes han estudiado, es aplicable exactamente á la oratoria del Illmo. Señor Montes de Oca. En cualquiera de sus discursos, aun aquellos que pudiéramos llamar de menor importancia, se advierte á poco de empezar su lectura, cómo rebosa en ellos la doctrina, y cómo el docto Prelado no esquivá el tiempo ni el trabajo en la formación esencial y literaria de sus obras. Fija con precisión el asunto, lo expone con extrema claridad y amable sencillez, cualidades que tanto en él resplandecen, y entra luego derechamente en materia. ¡Cómo deleita entonces nuestro Illmo. Prelado con su palabra insinuante! Pronto domina el entendimiento del auditorio, y luego con facilidad no á todos concedida, lo arrebatá, desligándolo de la tierra, para llevarlo en alas de su elocuencia, con suavidad y dulzura á las regiones de la contemplación. En ellas le hace concebir, unas veces la hermosura perfectísima de Dios por la que puso en sus obras; otras su infinita sabiduría por el orden admirable con que rige el universo; ora su augusta omnipotencia por las estupendas obras de la creación; ora su tremenda justicia por los castigos que ha impuesto á poderosas naciones. Señoreado por él su auditorio, ábrele Monseñor los ojos, para que, libre de toda vana apariencia, contemple horrorizado la miseria de la vida, la inestabilidad de las cosas terrenas, el extravío de los sentidos y la locura de la humanidad.

Volviendo luego á la tierra y discurriendo por los amplios horizontes de la historia profana, sin dejar de hablar al entendimiento más bien que al corazón de su auditorio, rota la venda que oculta á los ojos de los hombres la tremenda realidad de las cosas, puéstoles de bulto los artificios con que las pasiones nos inducen á dejar los derechos caminos y seguir por senderos torcidos; sabe mostrar el docto Prelado el orgullo de los poderosos abatido, y galardonada la virtud de los humildes. Como recursos oratorios á este respecto, le ofrecen los imperios tronos derrumbados ó próximos á caer, cetros rotos y coronas humilladas; las naciones le proporcionan sus contiendas civiles ó sus discordias internacionales, y las sociedades sus trastornos motivados por la ambición de los poderosos. En contraste con esto presenta luego el engrandecimiento de los pueblos que temen á Dios, la exaltación de piadosos soberanos que han acatado sumisos al Rey de reyes y Señor de señores; el curso tranquilo de las sociedades de sanas costumbres, y la santa paz que reina en los hogares cristianos.

Para que comprueben sus asertos llama el sabio orador á los santos Padres, y los santos Padres acuden á tan solícitos reclamos abrumados con el peso enorme de sus infolios. Abre Monseñor estos libros y de ellos brota á raudales la sabiduría. ¿Es preciso que tal cual pasaje dictado por el Espíritu Santo sea rectamente entendido? Entonces los sublimes expositores vienen en auxilio del orador, quien, inspirado por hombres tan excelsos, expone con precisión, claridad y sencillez la doctrina, y sentido recto en que debe ser entendido por todo fiel cristiano el lugar sagrado, poniéndolo así al abrigo de los caprichos del libre examen.

Hombre de los más dedicados al estudio de la sabiduría, observador constante de los acontecimientos humanos, despreciador de los engaños y artificios de los

hombres inicuos, alma recta y corazón dispuesto á practicar todo bien, el Señor Montes de Oca ha logrado atesorar igualmente en la amplitud de su privilegiado entendimiento, conocimientos múltiples de los hombres y de las cosas. Esto le presta facilidad suma para hablar en cualquiera circunstancia sobre delicados asuntos sin las trabas que experimentan los entendimientos limitados; le proporcionan la manera de adecuarse á la rudeza ó ilustración de sus oyentes, y de vencer toda clase de dificultades, aun las insuperables para quienes por temor han enterrado los talentos que recibieran del cielo.

II

Descendamos de estas observaciones á los casos concretos y uno solo bastará para poner de manifiesto la verdad de cuanto hemos dicho. Queriendo la Academia Mejicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, honrar católicamente y aliviar con piadosos sufragios año por año á nuestro insigne poeta Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza y demás ingenios fallecidos, nacionales y extranjeros, que cultivaron las letras castellanas, el de 1878, la docta Corporación encomendó al Illmo. Señor Montes de Oca la oración fúnebre correspondiente al caso.

Fácil es comprender lo dificultoso de tamaña empresa. Porque si es fatigoso el trabajo de enaltecer en la tribuna sagrada, delante de un concurso medianamente ilustrado, á los hombres que por sus virtudes cívicas ó privadas, por su humildad ú ortodoxia han merecido bien de la Iglesia ó de la humanidad; porque si la cosa al parecer más llana para los oradores, cual es el panegírico de los santos, suele costarles, no obstante la poderosa ayuda que los predicadores les prestan muy á menudo, sudores y desvelos, cuando se ven comprometidos á dirigir sus palabras á ilustrados auditorios; la dificultad es rayana de lo imposible siempre que el asunto que se les encomienda es netamente profano, como el de la carga que la Academia Mejicana puso en los robustos hombros de Monseñor Montes de Oca. ¿Qué iba á encomiar el docto Prelado en nuestros ingenios fallecidos, considerándolos, no por su ortodoxia, que en ellos fué de subidísimo precio, sino bajo el aspecto mundano: por sus versos, por sus comedias, por sus poemas, por sus historias, por sus polémicas periodísticas? Pues precisamente esto que acabamos de enunciar.

Enorme era la dificultad. Hermanar lo profano con lo sagrado; hablar á entendimientos esclarecidos, agrupados en torno de la cátedra del Espíritu Santo: los doctos miembros de la Academia Mejicana, periodistas de todos los partidos y comuniones, poetas célebres, escritores notables, hombres sabios de todas facultades, el Illmo. Señor Arzobispo Metropolitano que asistió al trono, y el Illmo. Señor Obispo de Oajaca que ofició de pontifical; subyugar la rebeldía de muchos pensamientos libres allí también congregados, y adonde fueron llevados por la fama ya ilustre del sabio orador; estrechar las voluntades todas con la aurea cadena de la elocuencia, señorear en fin, á todos aquellos hombres, dóciles unos, indiferentes no pocos y rehacios á la doctrina católica muchos; eran motivos por extremo poderosos para hacer titubear á ilustres medianías. No, empero, al hombre superior y lleno de doctrina, no al joven y sapientísimo Obispo de Tamaulipas, que á la edad de treinta y ocho años atesoraba ya tantos conocimientos de todas las facultades concernientes á su misión altísima; es decir, en todos los ramos de la ciencia sagrada, y en no pocos de la profana, cuantos otros no han podido acopiar en doble edad; no á Monseñor Montes de Oca—en fin—

que, bien compenetrado de su encargo delicadísimo, subió con firme planta á la cátedra del Espíritu Santo, á derramar de sus labios con prodigalidad, para sustento espiritual del selecto concurso allí congregado, torrentes de elocuencia y de sabiduría.

Et libri aperti sunt—empezó á decir—*et alius Liber apertus est, qui est vitæ: et iudicati sunt mortui ex his quæ scripta erant in libris* [1]

“Abriéronse los libros, y abrióse también otro libro que es el de la vida: y fueron juzgados los muertos por las cosas escritas en los libros.”

Estas palabras que inspiró el Espíritu Santo al gran Profeta de Patmos, resolvieron para el Señor Montes de Oca la dificultad. En verdad, ellas le permiten abrir con firmeza en el sagrado recinto los libros profanos de nuestros ingenios, al propio tiempo que el Libro de la vida. Discretísimo anduvo el sabio orador al sentar como base de su peroración tan sublime texto.

Abre, en efecto, el libro de los Macabeos, en donde se refiere la derrota que no lejos Odolam sufrió el ejército infiel en reñidísimo combate con los esforzados israelitas. Estos, mientras luchan con santo ardor, no atienden á las quejas y lamentos de sus camaradas moribundos; sobre heridos y cuerpos exánimes pasan los corceles de los bravos combatientes, tan solo atentos á obtener el triunfo sobre sus enemigos, quienes al fin son puestos en vergonzosa fuga y perseguidos largo trecho por sus contrarios. Creyérase que embriagados con tan señalada victoria, se habrían de entregar aquellos campeones al regocijo consiguiente; pero no fué así, sino que unos se apresuran á hacer los últimos honores á sus compañeros de armas, y á trasladar sus restos á los sepulcros de familia; otros se detienen con ojos llorosos delante de cada compañero tendido, esforzándose por comunicarle vida y aliento, por recoger aunque tarde, su último suspiro; éstos con los escudos forman atahudes; aquellos corren á traer agua en sus yelmos para lavar las heridas de los que sucumbieron, mientras otros les desatan las lorigas que no pudieron libertarlos de la muerte.” Muy animado y patético es este cuadro que trazó con mano maestra el orador. Se contempla el bélico enojo retratado en el semblante de los israelitas; se oye el chasquido de las armas, se percibe el olor de la sangre, se siente muy cerca el resoplido de los jadeantes bridones, conmueven los tristes lamentos y ayes de dolor que exhalan los moribundos, hasta quiere uno librar á los caídos de los herrados cascos de los corceles, y por último, con el corazón henchido de gozo presencia la derrota de los infieles y se regocija con el triunfo de los soldados de Dios.

Después la tristeza más desconsoladora se apodera del alma. Los que antes eran leones indomables, están ahora poseídos de infinita ternura; lloran al ver á sus hermanos difuntos, y solícitos procuran restañar la sangre que aun brota de sus heridas. A los que aun alienta el soplo de la vida, les prestan auxilios y cuidalos, y no perdonan medio para aliviarlos en tan atroces sufrimientos. En tanto el alma de quien esto lee ó escucha, asiste á aquella escena de dolor, y se conmueve, y sufre, y se enternece, y quisiera también comunicar aliento y vida á aquellos valientes moribundos.

Todo contribuye á la hermosura de este cuadro. Su principal belleza, sin embargo, aparece de bulto en el contraste. Pero tan artístico como es ¿qué relación puede tener con el asunto que se encomendó á Monseñor Montes de Oca, cual fué el encomio de nuestros ingenios que cultivaron las letras Castellanas?

“La ley vedaba tomar y aun desear el oro ó la plata de que estaban formados los simulacros de los falsos dioses, y bajo las túnicas de los israelitas que sucumbieron se encontraron ocultas algunas ofrendas de las consagradas á los ídolos de Janmia.”

Se contaminaron, pues, y no podían pasar, sin purificarse, al lugar del eterno descanso. Por lo cual, desde el gran caudillo Judas Macabeo, hasta el último soldado caen

[1] Apoc. XX, 12.

de rodillas y poniéndose en oración, ruegan á Dios olvide el delito de los que han combatido por su causa. “Se hace una colecta por orden del generalísimo y se envían á Jerusalén doce mil dracmas de plata que se reunieron para ofrecer un sacrificio por los pecados de los conmlitones difuntos.

Pues soldados son también y por la causa de Dios luchan quienes han recibido del cielo *la difícil misión de ilustrar los entendimientos, de formar los corazones, de guiar á las almas por medio de las letras.* Terribles enemigos son la ignorancia y el error; y por vencerlos se esforzaron nuestros ingenios fenecidos. *Santa es, pues, y piadosa la idea de que los vivientes oren por ellos.* Aunque ortodoxos, los que han sucumbido luchando victoriosamente por ilustrarnos, se han contaminado algunas veces, y así es preciso caer de rodillas y rogar y ofrecer á Dios el más valioso de los sacrificios por que les perdone sus pecados.

He aquí el argumento y plan de la brillante oración fúnebre de Monseñor Montes de Oca. El primero no pudo ser más firme, ni más sencillo el segundo. Para confirmar aquél bastó al sabio Prelado exponerlo; para desarrollar éste no le resta, sino abrir los libros profanos de los ilustres literatos que se ha propuesto.

Seis son los elegidos: tres que florecieron durante la dominación española: Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, objeto principal de los piadosos sufragios; el Obispo de Puerto-Rico, Don Bernardo de Valbuena, y Sor Juana Inés de la Cruz. Tres fueron los segundos, que dieron lustre á nuestro siglo, después de la independencía: el historiador Don Lucas Alamán, el sabio aguerrido, siempre triunfante polemista y egregio poeta Don José Joaquín Pesado, y aquel Prelado que por su sabiduría fué pamo de nuestro siglo, el Licenciado Don Clemente de Jesús Munguía. De todos ellos hizo cabadísimo elogio el Señor Montes de Oca. ¡Con qué exactitud el orador sagrado juzga los escritos de estos ilustres ingenios! La más severa lógica lo acompaña al ir recorriendo con talento generalizador admirable, los libros que aquéllos le ofrecen. Partiendo desde su nacimiento, sigue sus huellas hasta rogar á Dios porque les conceda el descanso eterno, y ora los contempla bajo el techo que les prodigó el pan de la instrucción; ora los acompaña en los azares de la vida política, ora muestra los triunfos que ganaron en sus gloriosos combates, ora con piadosa unción ó inaudita valentía los defiende de los rudos ataques que sufrieron de la envidia, de la malicia de los hombres, de las pasiones humanas, y hasta de los que, no pudiendo por más nobles maneras, mordieron sus escritos.

Lo que dice acerca de éstos, acreditan á Monseñor Montes de Oca como literato de excelente gusto y juez severísimo. Sus observaciones son doctas y oportunas, y á que lo sean contribuye por modo muy directo la rica erudición que posee, la excelente educación literaria que recibió, y el estudio afanoso que á no dudarlo precedió á la formación de la hermosa oración fúnebre que lo cubrió de gloria.

Veamos á propósito cómo juzga las obras de Don Juan Ruiz de Alarcón, Monseñor Montes de Oca.

La dificultad para él no estribaba en encomiar á tan esclarecido literato, sino en hacer dignos sus encomios del sagrado recinto que llenó con sus palabras. Un poeta como Don Juan Ruiz de Alarcón, cuya “Verdad Sospechosa” sirvió de pauta á Corneille para trazar “El Mentiroso,” la primera comedia de carácter que en el sentir de Voltaire dió celebridad á Francia; un poeta que mediante “El Mentiroso,” (obra que por confesión ingenua de su autor, fué copia de “La Verdad Sospechosa”) previno el glorioso advenimiento del gran Molier al teatro francés; un poeta, de quien el mismo Corneille decía, refiriéndose á “La Verdad Sospechosa.” “El argumento me ha parecido tan ingenioso y bien manejado, que he dicho muchas veces que daría

dos de las mejores que he compuesto con tal de que esta fuese de mi invención;” un Don Juan Ruiz de Alarcón, en fin, de quien hicieron cumplido elogio éstos, y Puibusque y Scharck, y Don Francisco Martínez de la Rosa, y Don Antonio Gil de Zárate, y Don Luis Fernández Guerra y Orbe; un poeta de tan colosales proporciones no cuesta trabajo, cuando de elogiarlo se trata, á hombres doctos, sabios eruditos y de exquisito gusto literario, como lo es Monseñor Montes de Oca.

Ya dijimos cual fué la dificultad rayana de lo imposible que venció el eminente Prelado. Veamos cómo.

No se detiene el crítico en la superficie de las comedias que estudia de nuestro Alarcón. “Sus versos sonoros—dice—el lenguaje puro y castizo, la vivacidad de los diálogos, la propiedad de los caracteres, á otros toca encomiarlos,” El va derechamente al fondo de la pieza dramática, y luego á poco de hojear los Libros Santos y de los antiguos Padres de la Iglesia, encuentra que en el fondo, después de las bellezas de pensamiento y de dición que realzan á “La Verdad Sospechosa,” y que para uno de los mejores críticos de Alarcón, son sartas de perlas orientales, parece haber sido sacada la obra de aquellos inspirados volúmenes.

“*Los labios mentirosos—dice el Espíritu Santo—son abominables del Señor*” (1) Esta sentencia hábilmente expuesta y comentada por Monseñor Montes de Oca, vemos, en efecto, que parece haber sido el pensamiento capital que se propuso desarrollar en su hermoso drama el corcovado relator del Consejo de Indias. A confirmar este parecer vienen luego llamados por el sabio crítico, otros lugares de la Sagrada Escritura y de los escritores sublimes. El Eclesiástico le ofrece éste: *a mendace quid verum dicitur*, (2) qué verdad puede sacarse de un mentiroso? Y en otro lugar del mismo sagrado libro (3) encuentra el orador estas inspiradas sentencias: *Potior fur, quam assiduitas viri mendacis; mores hominum mendacium sine honore.*

De estas palabras—dice el docto crítico—es una verdadera paráfrasis el admirable discurso que pone Alarcón en los labios del anciano Don Beltrán, al saber la manía que tenía su hijo, de mentir. Nosotros y cualquiera que lea los siguientes hermosos versos del dramaturgo mejicano comprenderá la razón con que el crítico ilustre asienta la aseveración que antecede.

DON BELTR.

.....
Créame que si García
mi hacienda de amores ciego,
disipara ó en el juego
consumiera noche y día;
si fuera de ánimo inquieto
y á pendencias inclinado,
si mal se hubiera casado,
si se muriera en efeto;
no lo llevara tan mal
como que su falta sea
mentir. ¡Qué cosa tan fea!
¡Qué opuesta á mi natural!

Sigue el orador discurriendo por los Sagrados Libros y encontrando los hilos que sirvieron para la hermosa urdimbre de “La Verdad Sospechosa.” El vicio repugante de mentir que tiene el hijo de Don Beltrán y el gozo que le causa el comunicar noticias falsas, traen á la mente del orador, la exacta descripción que del mentiroso traza San Efre-

(1) Prov. XX, 22

(2) Eecl. XXXIV, 4.

(3) Eecl. XX, 27, 28.